



BLANCA DOMÉNECH

Punto muerto



PERSONAJES

Germán

(El cuarto de baño de una empresa. Un lavabo con dos grifos, espejo y, en la pared, un estante con jabón y secador de manos. A un lado, tres meaderos de hombre y al otro un pequeño cuartito con váter. Entra GERMÁN. Deja su maletín sobre el lavabo. Retrocede hasta la puerta. Cierra el cerrojo. Está alterado. Abre el maletín. Saca un montón de papeles. Los revisa. Los deja. Se sienta en el váter. Suspira con hastío.)

GERMÁN.— Caminas con la cabeza gacha. Todos los días recorres insomne el mismo pasillo con la cabeza gacha. Dices que es lo mejor para ti. Todos lo creen. Cada mañana te introduces en la puerta circular, atraviezas el gran hall, llegas hasta la zona de los ascensores. Casi siempre te encuentras a algún colega del departamento contiguo. Allí, en la zona de los ascensores. No te apetece saludarlo, pero lo haces. No tienes ganas de hablar con él, pero lo haces. Te comenta cualquier chorrada que te trae sin cuidado. Te habla de su fin de semana, de su nivel de trabajo, del equipo de baloncesto de la empresa. Te dice que deberías apuntarte. Hace falta alguien más. Desde que despidieron a Paco, les falta un defensa. Te dice que eres alto. Que eres alto y fuerte y que, ahora que lo piensa, sí, serías un defensa perfecto. Te lo recomienda. Todos los que han pasado por el equipo de baloncesto de la empresa han ascendido meses más tarde. Es fácil. El entrenador es el jefe de recursos humanos. ¿No le conoces? Le hubiera gustado ser jugador de baloncesto, pero ya sabes, no pudo. ¿Por qué no pudo? Es un luchador. Un hombre altruista que ha levantado a toda su familia. Un sacrificado. Ahora es jefe de recursos humanos. Ahora puede dedicarse al baloncesto y ha creado el equipo de la empresa. Entrenan tres tardes por semana. Te lo recomienda. Todos los que han pasado por el equipo de baloncesto han conseguido un importante ascenso. ¿Por qué

echaron a Paco? El ascensor ya ha llegado a tu planta. Piénsate lo del baloncesto, te dice mientras las puertas se cierran. Recorres el pasillo mirando de soslayo los despachos, quién está, quién ya no está. A veces te acuerdas de alguno de los que se han ido. Te acuerdas de... Qué importa. Eres gilipollas, piensas nada más sentarte en la silla. Saludas y te sientas en la silla pensando: eres mediocre, eres repugnante, eres un hipócrita, eres un puto gilipollas. Lo eres. Miras hacia la ventana. Todavía siguen ahí los andamios, pero no han llegado los obreros. Es cuestión de minutos y entonces comenzarán los ruidos como de taladro. Los golpes, el chirriar de los hierros, las grúas. Eres gilipollas. Eres un puto gilipollas por estar aquí. Lo piensas mientras sonrías a Sara, que acaba de entrar por la puerta. Piensas que ella también es gilipollas. Lo piensas mientras la observas unirse al grupo que se ha formado en torno a la máquina de café. Casi de forma mecánica, respondes al gesto que te hacen para que te unas a ellos y te levantas. ¿Por qué lo haces? Mientras remueves el azúcar para que se disuelva en el café, tu cabeza da vueltas una y otra vez a la misma idea. Recuerdas que te han bajado el sueldo, han modificado tus turnos, tus funciones e, incluso, te han amenazado con cambiarte de centro si no mejoras tus objetivos. Tus objetivos. Pero aguantas. Resistes. Eres estoico. Eres fuerte. Resistirás hagan lo que hagan. Te recuerdas una y otra vez que al menos tienes un trabajo. Un piso en alquiler. Una moto. La cucharita gira en el vaso. Tienes un trabajo. ¿Cuántos días estuviste enfermo el mes pasado? ¿Ocho? ¿O nueve? Te quedas blanco, paralizado. Sabes que no es una buena pregunta. Solo cinco, dices. Solo cinco. Tuve fiebre. Estuve en cama. Regresas precipitadamente a tu sitio, enciendes el ordenador, colocas tus papeles.

(GERMÁN se incorpora. Sale del váter. Se lava las manos.)

¿No podría estar aquí como si nada?

No pensar. No pensar. Aquí. Tranquilo. Ocho horas. Diez horas. Las que hagan falta. Sin pensar. Como una máquina. Rellenar las casillas. Enviar los avisos de llegada. Reportar los pedidos. Una cosa tras otra. Relajado. Tranquilo. Vacío. Aquí. Ocho horas. Todos los días. Sin pensar.

¿Es que soy incapaz? Sí.

¿Seguro? Incapaz.

(Coloca las manos bajo el secador que, automáticamente, comienza a funcionar.)

¿Es que no debería hacer algo ya, inmediatamente, romperlo todo, acabar con todo? Llevar una de esas vidas al margen. Decir no. Ir a hablar con él. Esta misma mañana. Abrir la puerta del despacho. Hola, Enrique. Buenos días. Sonreírle. Decirle con toda la serenidad del mundo que no he superado los objetivos. No los he superado. Esta semana he estado bajo. No he superado los objetivos. Pero estoy tranquilo. Estoy feliz de no haber superado los putos objetivos. Me encanta. Decirle que me voy. Hoy mismo. Se acabó. Lo dejo. Me retiro. Me voy ahora mismo y no me importa el finiquito. No me importa una mierda el finiquito y todo lo demás. Me voy ahora mismo. Esta misma mañana. Hasta siempre.

(Retira las manos, ya secas.)

¿Y María? Esta noche la cojo por la cintura. Me la llevo a pasear en medio de la noche. Nos vamos al cine. A cenar. A caminar por Madrid. Podemos caminar sin rumbo, como hacíamos antes. O nos compramos unas latas de cerveza, nos sentamos en un banco de la Gran Vía y nos quedamos mirando a la gente pasar. Como antes. Mejor aún: buscamos una cafetería abierta. Nos sentamos en un rincón. Bebemos whisky con hielo. Como hacíamos antes. En mitad de la noche. Hablamos de algo completamente extraño para nosotros. Algo indecente. Y al final, ya borracho, le digo que no podemos seguir así. Que estoy cansado. Que no podemos seguir así.

(Pausa. Comienza a escucharse la voz angelical de una locutora que habla por megafonía. Los altavoces están repartidos por varias zonas de la empresa, pero no en el baño. Por lo tanto, la voz puede escucharse de forma entrecortada o perder el sentido en algunas palabras. GERMÁN queda paralizado.)

MEGAFONÍA.— A todos los trabajadores: como sabéis, a partir del próximo mes se pondrá en funcionamiento la nueva reforma laboral. Esta tiene como objetivo frenar la destrucción del empleo, fomentar mecanismos de flexibilidad interna en las empresas, reconocer el derecho de los trabajadores a la formación y elevar las oportunidades de las personas

desempleadas. Así pues, se procederá a llevar a la práctica algunas de las siguientes reformas:

(Mientras sigue escuchándose de fondo la voz por megafonía, GERMÁN abre el grifo del lavabo y se echa agua en la cara. Se mira y comienza a secársela con las mangas de la camisa. Se coloca delante del espejo. Estira la postura. La voz de megafonía se irá colando en el discurso de GERMÁN: en sus pausas y huecos entre las palabras. Las dos voces entran en conflicto.)

MEGAFONÍA.— Indemnización por la extinción del contrato indefinido a 33 días por año trabajado en caso de despido improcedente, con un máximo de 24 mensualidades. Para los contratos indefinidos, la nueva indemnización solo será de aplicación para el periodo de trabajo que se realice a partir de la aprobación de la presente norma. Estos contratos conservan el derecho a obtener una indemnización de hasta 42 mensualidades.

- En el caso de despido procedente por causas objetivas, la indemnización por la extinción del contrato será de 20 días por año trabajado, con un máximo de 12 mensualidades. En Fondo de Garantía Salarial solo cubrirá la extinción de los contratos por despidos procedentes en pymes.

- Con el fin de crear más empleo se autoriza a las empresas de trabajo temporal a actuar como agencias privadas de colocación. Por otro lado, cuando el empresario realice una modificación técnica ofrecerá formación al trabajador. Dicho periodo formativo suspende el contrato, pero el trabajador cobrará su salario. Solo se podrá despedir al trabajador por falta de adaptación, pero siempre que haya recibido la formación.

- Los empleados con más de un año de antigüedad obtendrán un permiso retribuido de 20 horas anuales de formación vinculada a su puesto de trabajo. También se creará una cuenta formación que recogerá la formación recibida por el trabajador a lo largo de su vida y, en el futuro, un cheque-formación.

La oficina de recursos humanos permanecerá abierta todos los días de esta semana en horario de diez a dos de la tarde, con la finalidad de asesorar a todos los trabajadores del sentido y finalidad de estas reformas.

GERMÁN.- Enrique. Hola. Buenos días, Enrique. Sí, sí, todo bien. Quería hablar contigo un momento. ¿Podría pasar a tu despacho? ¿De

qué se trata? Quería hablar contigo acerca de... El otro día, el martes pasado... verás, me gustaría decirte que... (*Se para en seco. Suspira.*) Me habéis bajado el sueldo, Enrique. Es más de lo que puedo permitirme. ¿Sabes cuánto pago al mes de alquiler? María está en paro. Lleva así más de un año. Todos los días se levanta con el ánimo arriba, pero a medida que van pasando las horas... le cuesta. Está pasando una mala racha. Ella vale mucho, muchísimo. Es ingeniera, ¿te lo había dicho? Es ingeniera y vale muchísimo. Hay días que dice que se va a ir a Alemania. Dice que no puede más, que se va a ir y que yo debería irme con ella. Pero ¿cómo vamos a irnos de nuestra casa, de nuestro país? Así que se está desmoralizando. Es fácil de entender. Estoy seguro de que puedes entenderme. Mi chica es inteligente. Siempre tiene salida para todo, una frase divertida, una vuelta de tuerca. Es inteligente... pero llega un momento en que ella misma ya duda de que valga para algo. Está herida. (*Pausa. Se apoya en la pared. Suspira.*) Así no, joder. No le cuentes la vida de María. A este tío le suda la polla María. (*Vuelve a incorporarse, pero con más debilidad que la primera vez.*) Enrique. La semana pasada estuve enfermo. No fue ningún cuento como se anda diciendo por ahí. Estaba enfermo de verdad. He traído los justificantes médicos. ¿No es eso suficiente? (*Pausa.*) Creo que estoy empezando a volverme loco. No puedo trabajar una semana en turno de noche y la siguiente en el de mañana. Luego, de repente, dos días sueltos por la tarde. Tengo insomnio. Todos estos cambios de turno me están afectando realmente. Estoy cansado. Estoy irascible. Hace semanas que no veo a mis amigos. María... (*Pausa. Pega un puñetazo a la pared.*) ¡Joder, Enrique! ¡Joder! Toda mi vida gira en torno a este puto trabajo de mierda. No puedo más. Me asfixio. Me voy a cagar en tu puta madre. Te voy a pegar una patada en toda la boca. (*Pausa. Se recompone. Suspira. Se apoya en la pared.*) Hola, Enrique. Buenos días. ¿Puedo pasar un momento a tu despacho? No es nada. En realidad... una tontería. Algo sin importancia. Ayer me enviaron esta carta interna. Quería preguntarte si tú... Mira la carta, mírala. ¿Lo sabías? ¿Estabas al tanto? Sé que no he superado los objetivos todas las semanas... pero... ¿en serio crees que me merezco algo así? Estoy seguro de que tú no tienes nada que ver en esta decisión. No puedes tener nada que ver con esto. Cuántas veces me has animado a continuar, a prosperar, a mirar hacia delante con optimismo... Pero... esta bajada de sueldo... Esta bajada de sueldo, ¿estabas al tanto? ¿Puedo hacer algo para cambiar esta decisión? Tiene

que haber algo que yo pueda hacer. ¿Resignarme? ¿Seguir adelante? ¿Ayudar a este país a...? ¿A qué?

(Pausa. Queda unos segundos mirándose al espejo. Retrocede y se sienta en el suelo. Mueve la cabeza de un lado a otro. Saca el teléfono móvil del bolsillo. Llama. Espera.)

¿Qué pasa? (...) No te oigo... No te oigo bien. Hay muchísimo ruido. ¿Dónde estás? (...) ¿Que qué? (...) Escucha. Tenemos que hablar. ¿Me oyes? (...) Que tenemos que hablar. (...) Del dinero. Del dinero que te presté. (...) ¿Dónde? (...) ¿Dónde estás? (...) ¿Y qué coño haces ahí? (...) ¿Que qué? (...) Ten cuidado. (...) ¿Oye? ¿Estás ahí? (...) A ver, Dani, a ver... ¿Han servido para algo las otras manifestaciones? No sirven para nada. (...) Que todo sigue igual. Que todo sigue igual. O peor. (...) ¿Yo? Pues porque no creo. (...) El dinero que te presté. Lo necesito. (...) Lo necesito, ya te lo he dicho. (...) Ya sé que no puedes. Pero yo tampoco puedo más. ¿Me oyes? Me debes dinero, Dani. Y lo necesito. (...) ¿Pero lo buscas? (...) ¿Quién es el gilipollas que se traga todo eso? ¿Quién? (...) ¡No te oigo! (...) Ahora. Sí. ¿Dónde estás? (...) Mira, Dani. Me debes dinero y lo necesito. Hace más de un año que te lo presté. Tú verás cómo te las ingenias. Estoy harto. Estoy cansado. Lo necesito y punto. (...) No te importa para qué lo necesito. El caso es que lo necesito y que me lo debes. Las manifestaciones no sirven para nada. Para nada. Pero tú te pasas el día metido en esos follones. Yo no tengo por qué pagarlo. Vete pensando en la forma en que vas a devolvérmelo porque lo necesito mañana mismo. Espabila, joder. Espabila. Búscate un trabajo y devuelves lo que debes. (...) ¿Oye, estás ahí? ¿Dani?

(Cuelga. Con un feroz y repentino nerviosismo, vuelve a llamar, pero el teléfono está apagado. Tira el móvil contra el suelo. Está muy alterado. Coge los papeles. Los mira con nerviosismo. Comienza a arrugarlos y romperlos con todas sus fuerzas. Los deja caer al suelo. Después, saca un cigarrillo del bolsillo y un mechero. Duda hasta que lo enciende. Pega una fuerte calada. Se incorpora. Va hasta el lavabo. Se mira en el espejo. Hace aros con el humo. Vuelve a fumar, sin dejar de mirarse al espejo. Está nervioso. Una munición a punto de estallar. Retrocede. Camina. Pisotea los papeles. Camina. Retrocede. Vuelve al retrete. Tropieza con la papelera y esta se cae, derramándose por el suelo un montón de desperdicios. Queda mirando el estado del cuarto de baño.)

Este domingo me voy a la sierra. Yo solo. Saco la bicicleta del trastero, me meto en el tren de cercanías y me voy a la sierra. Podría hacer una de esas rutas que hacíamos en el club de montaña. Las del instituto. Todos estos papeles por el suelo me han hecho pensar en el instituto. Me cojo la bicicleta y me hago una ruta. Una ruta llena de baches y piedras. Superando los obstáculos, como en el instituto. No me voy a atrancar. No voy a derrapar. No me voy a quedar en punto muerto. Subir esos senderos. Ahogarme de cansancio. Sentir la respiración jadeante. El pulso acelerado. El vértigo. Y si me caigo... y si me resbalo, me atranco y derrapo... Si me rompo una pierna. Entonces sí que Enrique...

(Queda unos segundos en silencio, pensando. Ahora sí estalla en ira: saca el mechero del bolsillo y comienza a quemar los papeles. En cuestión de segundos todo el cuarto de baño se llena de humo. Retrocede. Observa el espacio con gesto sádico. En ese momento, salta la alarma de incendios y los sprinkles entran en funcionamiento, llenándolo todo de agua. GERMÁN entra en estado de shock. Las siguientes frases tienen cierto tono de rezo.)

Te vas a ir de este trabajo. Te vas a ir de este trabajo. Te vas a ir de este trabajo. Lo vas a dejar.

No volverás a pisar este baño. No volverás.

Vas a hacerlo. Sí. Vas a mandarlo todo a la mierda.

(Comienzan a pegar fuertes golpes en la puerta desde el exterior. GERMÁN, empapado, se pone a recoger el suelo, introduciendo con urgencia los desperdicios en la papelera.

Golpes más intensos. Puñetazos. Como si fueran a tirar la puerta.

GERMÁN se mira en el espejo. Se coloca la ropa. Se limpia la cara. Se peina con las manos.)

OSCURO